

EISENHOWER, PEREGRINO DE LA PAZ

Iowa, el Estado del maíz y los cerdos, que tanta impresión produjo al jefe del Gobierno soviético Nikita S. Kruschef cuando anduvo por allí de visita, hace no muchos meses todavía, estaba tan descontento con la política agraria del Gobierno federal, que su posición, tradicionalmente republicana, estaba convirtiéndose en lo que parecía ser ya un bastión demócrata. Iowa es un Estado fundamentalmente agrícola, y entre los campesinos no menos que entre las más altas representaciones de la finanza y la industria, estaba la fuerza histórica del partido republicano. Pero la política de los últimos siete años ha sido mal recibida por los campesinos, y en un distrito tras otro de los Estados del Centro y Oeste, normalmente conservadores y republicanos, se iban produciendo defecciones altamente llamativas. A ello se ha debido en gran parte que el partido republicano acabase perdiendo pronto la mayoría que tenía en el Congreso y que renaciese el optimismo del partido demócrata, confiado en que la victoria le estaba esperando para las elecciones presidenciales de este año de 1960. Inesperadamente, en un distrito de Iowa se celebraron elecciones para un puesto en la Cámara de Representantes, por fallecimiento del titular, un demócrata que había arrebatado la representación al candidato republicano en las elecciones de 1958. Pocos creían que de estas elecciones, celebradas mientras el presidente Eisenhower se encontraba realizando una memorable gira por once países europeos, asiáticos y africanos, podría salir otra cosa que la confirmación de una tendencia constante. El campesino seguía descontento con la política de su partido, representado en el Departamento de Agricultura por Ezra Taft Benson, el hombre que no sostenía los precios de los productos en la forma por él deseada. A pesar todo lo que estaba costando, puesto que ya se tenían invertidos muchos más de 9.000 millones de dólares en la compra de los «remanentes» de las cosechas, con lo que el Gobierno busca ayudar al campesino en la compra de cosas,

como todo el trigo necesario para dar de comer, durante un año largo a todos los millones de habitantes de la India, a los mismos que estaban siendo, por aquellos días, visitados por Mr. Eisenhower.

Pero en ese distrito de Iowa se produjo lo que nadie o muy pocos podían esperar: una victoria republicana en vez de un triunfo demócrata, con lo que volvía a tenerse la esperanza de que no estaba todo perdido, ni mucho menos, con vistas a esas elecciones presidenciales de noviembre. ¿Por qué ese revés inesperado en lo que era un rosario sin fin de derrotas electorales del partido republicano?

Una figura importante del partido republicano dió una explicación razonable del acontecimiento:

—Para nosotros la situación está clara del todo. La paz significa más para los electores de Iowa que un bolsillo en el que entra menos dinero cada vez.

A pesar de la política agraria, que ha venido a coincidir este año con una merma de mucha consideración en el volumen de los ingresos del campesino norteamericano, las elecciones celebradas en un distrito de Iowa apuntan claramente a una popularidad creciente del partido que se encuentra actualmente en el Poder en los Estados Unidos. El hecho de que esta victoria electoral coincidiese con el viaje, único en su género, realizado ahora por un presidente de los Estados Unidos en misión de paz y buena voluntad, ha dado mucho ánimo al partido que estaba ya poco menos que convencido del todo de que sólo una derrota podría esperar de las próximas elecciones. Por eso se hará—se está haciendo ya—un gran esfuerzo por dar una interpretación más al viaje, en cuya preparación y desarrollo no jugaban papel alguno las consideraciones de índole política. Se trataba nada más, en resumen, que de generar corrientes de comprensión y simpatía hacia los Estados Unidos en otros países y, con ello, hacia su política de paz. Después de esas elecciones en un distrito de Iowa, donde hasta ahora apenas ha habido nada que tuviese tanta importancia como el precio de los cerdos—era de 18 dólares el quintal en 1958, cuando un demócrata alcanzó por vez primera la victoria sobre un candidato republicano, y para las últimas elecciones había caído hasta 12 dólares, para continuar bajando—, empieza a tenerse el convencimiento de que en el ánimo de los norteamericanos pesa más la suerte de la paz que la marcha de las cotizaciones en el mercado de los productos agrícolas. Esto pudiera tener una significación mayor—y más inmediata quizá—a la que ha tenido hasta ahora ese viaje de tres semanas escasas que llevó al presidente de

los Estados Unidos a Roma, Ankara, Karachi, Kabul, Nueva Delhi, Teherán, Atenas, Túnez, París, Madrid y Rabat. De verse mezclado, como parece ya inevitable, con algunos aspectos de la vida política interna del país, tendrán un motivo más que hablar los que andan siempre en busca de motivaciones y matices en el desarrollo de los acontecimientos.

Y más todavía cuando se piensa en el frío recibimiento que tuvo mister Eisenhower en Roma, donde cuando llegó caía una lluvia fría y persistente; en la tumultuosa bienvenida que se le dispensó en Ankara; en el abrumador recibimiento de Nueva Delhi; en el color y entusiasmo desbordados de una ciudad que se había lanzado a la calle, a pesar de que el día era muy desapacible para recibir, por vez primera en su historia, a un presidente de los Estados Unidos, como era el caso de Madrid, o en la indiferencia, al menos aparente, con que un poco antes había sido recibido en París.

A pesar de todo y a pesar, es más, de los contrastes y de la inmensa publicidad que se le dió—con la ayuda de los 83 periodistas que acompañaron al presidente Eisenhower, en otro avión fletado especialmente, y a un costo de 4.000 dólares para cada uno, casi la cuarta parte de un millón de pesetas—, pocos eran, sin embargo, los que estaban completamente seguros de saber por qué, en realidad, se había hecho ese viaje. Pocos, es decir, aparte los electores de un distrito de Iowa, convencidos de que era realmente Eisenhower un «peregrino de la paz», y de que lo que venía haciendo bien valía la pena de apoyos, concursos y entusiasmos.

En el fondo no deberían existir grandes dudas sobre lo que había sido motivo de abundantes explicaciones y aclaraciones.

Un mensaje para todos.

Poco antes de emprender un viaje que acabó en un recorrido de unos 35.000 kilómetros en total, el presidente Eisenhower había hablado con cierto detenimiento de lo que se proponía lograr, tres cosas especialmente:

Realizar una misión de buena voluntad en un esfuerzo encaminado a llevar un mensaje, el mensaje norteamericano, a los pueblos del mundo

Ganar apoyos y simpatías para la causa occidental en la guerra fría con la Unión Soviética, particularmente por los países neutralistas y, como se dice ahora con mayor frecuencia «no comprometidos».

Tratar, finalmente, de resolver grandes diferencias existentes entre los

aliados y preparar un frente unido occidental con miras a las negociaciones de la cumbre en perspectiva, con la participación soviética.

Con sesenta y nueve años cumplidos, el presidente Eisenhower se proponía realizar una empresa capaz de contener a espíritus más jóvenes y de cuerpo mucho más saludable (tres veces en otros tantos años había él sufrido trastornos tan graves como un ataque al corazón, una oclusión intestinal que se tradujo en la extirpación de una parte considerable del intestino medio y un entorpecimiento cerebral que no podía ser muy grave de por sí, pero que acusaba la existencia de una situación física alarmante). Era algo que valía la pena, sin embargo, de ser acometido. En la mente de muchas gentes, explicó unos días antes de iniciar este viaje presidencial único, hay grandes dudas todavía sobre la sinceridad con que los Estados Unidos siguen adelante, en busca de la paz. A pesar de lo mucho que se ha dicho y hecho, el convencimiento sobre los verdaderos propósitos de los Estados Unidos deja de ser general y, en cualquier caso, satisfactorio.

Con su especial manera de hablar, un poco extraña cuando es espontánea, el presidente Eisenhower explicó lo que se proponía hacer:

Ahora bien—dijo en una conferencia de Prensa—; son pocos relativamente los meses que me quedan y he decidido... hacer un esfuerzo que con anterioridad no ha sido solicitado de presidente alguno, pero siento en mí la obligación de visitar a un número de países... y decirles exactamente lo que yo creo que los Estados Unidos tratan de hacer; que nuestras aspiraciones básicas están en la busca de métodos por los cuales la paz en la tierra puede quedar asegurada con justicia para todo el mundo. Quiero demostrar que no somos agresores y que no buscamos los territorios y posesiones de nadie más; no intentamos violar los derechos de nadie. Tratamos sencillamente de ser un buen asociado en este negocio de marchar en busca de la paz...

Y unos días después, en un breve discurso por radio y televisión, cuando ya en la noche del 3 de diciembre tenía casi el pie en el fantástico avión que le había de llevar a Roma, Nueva Delhi, Madrid y otras capitales, volvía sobre lo mismo, con palabras algo más estudiadas. Al advertir que «hemos oído muchas veces la frase «paz y amistad», con lo que aludía a lo que había pretendido, durante años, ser el monopolio de una potencia que no mencionó, añadió Eisenhower:

«Esta frase, al expresar las aspiraciones de los Estados Unidos, no

está completa. Nosotros deberíamos, en cambio, decir: «paz y amistad en la libertad».

Y ya que estaba sobre ello, el presidente habló también de algo muy directamente relacionado con la paz: el desarme.

«Trataré de comunicar a todo el mundo nuestro empeño por conseguir que sean reducidas las tensiones que dividan a la humanidad, el esfuerzo que requiere en primer término, como el propio Mr. Kruschef reconoce, el comienzo de un desarme mutuo. Por supuesto, haré mucho hincapié en que el primer requisito del desarme mutuo está en la comprobación mutua.»

Está, es decir, en la inspección y el control, sin lo cual, vino a decir, ningún acuerdo de desarme—una condición esencial para la consolidación perfecta de una situación de paz—podría tener aplicaciones prácticas y duraderas. Esta era una de las grandes dificultades del momento—un momento con años de duración—y que guarda relación íntima y directa con otro aspecto del viaje presidencial, el relacionado con el empeño puesto en encontrar una solución a los problemas y diferencias entre los aliados de los Estados Unidos en la fase preparatoria de esa conferencia de la cumbre de que, en realidad, no ha dejado de hablarse desde los días en que todavía estaba el mariscal Bulganin al frente, en teoría más bien que en realidad, del Gobierno soviético, y que se agudizó mucho después de aquella especie de ultimátum soviético sobre Berlín, a fines de noviembre de 1958.

En la Italia reconstruida.

Nadie podría dudar—no sería legítima la duda—de la sinceridad del presidente Eisenhower. Pero, ¿cómo sería recibida su misión de paz en tantos sitios y tan diferentes, además? ¿Qué significación se podría dar a un mensaje de paz por la India en los días en que se sentía amenazada por las presiones de China de Mao Tse Tung, que desplegaba actividad bélica en sus fronteras creando una amenaza de grave conflicto o al cabo de largos años de serias diferencias con el Pakistán, nación vecina, pero no particularmente amiga, a causa de fricciones y desavenencias, la más grave de las cuales afectaba al futuro de Cachemira? Y ¿qué se piensa de la paz por Turquía, ante el temor constante de presiones por parte de un vecino de tanto poder como ambiciones expansivas, la Unión Soviética? ¿O por el Irán, que vive también bajo la amenaza persistente del comunismo y que ha sentido la necesidad de movilizar fuerzas hacia el Sur y el Oeste, hacia

la frontera con el Iraq, país con el cual no hay buenas relaciones desde el día mismo en que una revolución sangrienta acabó con la breve dinastía Hachemita y puso fin, de hecho, al pacto de Bagdad, que llevaba precisamente el nombre de la capital del Iraq, y del cual era—y es, en su forma alterada—el Irán una parte muy relevante? ¿Y qué, en fin, se podría decir, en favor de la paz por las tierras del Norte Africano, donde está de hecho planteada la guerra desde hace más de cinco años, y de cuyas consecuencias no es posible que se escapen del todo, por muchos esfuerzos que hagan, los dos países de la región visitados por Eisenhower, Túnez y Marruecos?

Podría decirse, quizá con mucha razón, que en todo el sorprendente itinerario sólo existía un punto en el cual no se encontraría Eisenhower con lamentaciones, insistencias, reclamaciones y ni siquiera con tendencias enojosas a las interpretaciones: Madrid.

Fué Roma la primer escala del viaje, la capital de una nación que se encontraba ya reconstruída del todo, física y moralmente, que había dejado atrás los efectos y consecuencias de una guerra pavorosa, y en la cual se vió forzada a jugar un papel tan distinto al que desempeñó en los días del primero de estos conflictos de dimensiones genuinamente universales. No sería lógico esperar que Eisenhower se encontrase en Roma—y mucho menos todavía en el Vaticano, donde también se proponía hacer una visita al Sumo Pontífice—con requerimientos o insinuaciones del tipo de los que seguramente habría de atender a soslayar a lo largo de su viaje. Con la ayuda norteamericana, desde luego, Italia no sólo se había reconstruído, sino que había conseguido recuperar una posición en Europa que no era menos importantes—en muchos aspectos era mucho más importante—que la que había alcanzado en cualquier otra ocasión desde los días de aquel poder imperial, del cual quedaban tantos recuerdos visibles para ser presenciados por el más superficial y desinteresado de los visitantes. Italia había alcanzado incluso un alto nivel de actividad y prosperidad y no había concluído, ni con mucho, un sensacional proceso de recuperación y transformación. Italia era ya, es más, una potencia de mucha importancia en el cuadro defensivo occidental, y su posición aumentaba sin cesar. A veces por derecho propio, y otras como consecuencia de fricciones y entorpecimientos por otras partes, como por Francia, donde los Estados Unidos no habían conseguido la autorización solicitada para la creación de algunas bases de proyectiles balísticos intermedios. El hecho de que se llevasen a Italia donde pierden gradualmente importancia las resistencias y oposicio-

nes de un partido comunista que sigue siendo todavía el más numeroso de todo el mundo que se encuentra a este lado del telón de acero, reforzaba mucho, sin duda, las posiciones de amistad y comprensión que arrancan de los días mismos en que la influencia norteamericana, por encima de todo, atrajo a Italia hacia el campo aliado antes de que hubiese terminado la segunda guerra mundial.

Pero todo esto no quiere decir que Italia no tuviese problemas pendientes de solución y menos todavía ciertas reivindicaciones. Italia aspira, sobre todo, a ocupar una posición más importante que la que se le tiene asignada dentro de la alianza atlántica y, en general, en las relaciones internacionales. Italia considera anticuado—y nada justo—el sistema de negociaciones que se ha venido manteniendo, circunscrito principalmente, hasta fecha reciente, del lado occidental, a los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Ultimamente gana terreno sin cesar la consulta cuando no la participación activa de la Alemania Occidental, aun cuando sólo sea por razones tan especiales como el representar esa Alemania misma una de las causas serias de fricción y dificultad en el campo de las relaciones internacionales. Desea Italia tener una participación mayor y más directa en las conferencias y negociaciones internacionales, y si de esto no se habló durante la visita de Eisenhower, es seguro que es algo que estaba constantemente en el ánimo de todos. Es una aspiración que va adquiriendo ciertas tonalidades «irredentistas», como sucedía en otros tiempos y por otras razones allá por tierras del Trentino—hoy de nuevo tierra de fricciones—y de Fiume. Y con lo que se corre el riesgo de acabar en situaciones tan delicadas como la que culminó en la visita del presidente Gronchi a la Unión Soviética. Italia necesita que se la tenga en cuenta, sin duda.

Algo por el estilo, aunque agravado y enconado, esperaba al presidente Eisenhower en Ankara, donde tuvo un recibimiento extraordinario, mucho mayor de lo que podía esperarse de aquella población con menos de medio millón de habitantes. Pero por los pueblos y aldeas vecinos había gentes de sobra para cubrir cualquier hueco que hubiese a lo largo del recorrido de la caravana presidencial. Se quería, no había duda, que el recibimiento fuese tan impresionante como la decisión turca de hacerse oír en todo lo que guardase alguna relación, por diluida que fuese, en las negociaciones y conferencias de la cumbre, con la situación por el Oriente Medio. Turquía no se conformaba con sugerir y rogar. Exigía que se escuchase a la potencia que no había vacilado nunca, desde la segunda guerra mundial para acá, en atravesarse en el camino de las aspiraciones so-

viéticas de aproximación hacia las templadas aguas del Mediterráneo, por el Bósforo y los Dardanelos adelante, o por tierra, rebasados los Montes del Cáucaso y recorrido, en son de paz y amistad, si fuese posible, el camino que quedaba hasta llegar a Siria, por lo menos.

La voz de la intransigencia.

A nadie le gusta ver que se hace uso, aun cuando no se abuse nunca, del nombre y posición de uno, por modestos que sean, sin tener, por lo menos, la atención de la consulta previa. En esto está el deseo de Italia de que se le conceda una mayor representación en la dirección y marcha de los asuntos occidentales. Y de eso se trata, con mucha mayor insistencia, en el momento de pasar a Turquía y encontrarse, como hizo el presidente Eisenhower, con grandes avisos que decían: «Paz, sí; concesiones, no.» Turquía quiere, es más, que se le den garantías sobre algo que no tiene relación alguna, al menos directa, con la situación por el Oriente Medio: que no se hagan concesiones sobre Berlín. Que no se dé un solo paso, en fin, capaz de debilitar la posición de firmeza y resistencia de la defensa occidental, de la cual forma parte Turquía por partida doble, como miembro de la O. T. A. N. y la CENTO, o, como ahora se le llama, de la Organización del Tratado Central, que es lo que era el Pacto de Bagdad, pero sin el Iraq. Casi por partida triple, ya que uno de sus asociados en la CENTO es el Pakistán, que a su vez está asociado con otra organización defensiva importante, la SEATO.

Quiere Turquía que si los Estados Unidos están seriamente decididos a marchar por el camino de la paz, que sea sólo con la condición de un acuerdo previo sobre el desarme con amplias garantías de inspección y comprobación que no permitan jamás que la Unión Soviética y sus aliados y amigos lleguen a ocupar una posición de desproporcionada superioridad en cosas como el armamento nuclear y las armas convencionales, que vuelven a tener importancia creciente.

No se insiste mucho, por ahora, en lo que ha sido, desde 1947, un aspecto fundamental de las relaciones entre Turquía y los Estados Unidos: la ayuda militar y económica, que empezó con la llamada Doctrina Truman, y que ha continuado desde entonces bajo diversas formas, hasta que ha subido a unos 3.000 millones de dólares en total. Gracias a eso ha sido posible transformar a Turquía en una gran potencia militar, con un gran ejército bien entrenado y considerablemente equipado y armado, pero

que se encuentra con necesidades superiores a todo lo que puede ofrecerle Turquía, por sus propios medios, para su satisfacción.

La ayuda norteamericana ha bajado mucho en los últimos años, y la situación interna del país ha tendido al empeoramiento. No hace mucho todavía que llegó a ser tan alarmante que en su ayuda se formó uno de esos «paquetes», cada día más frecuentes, con un total de 375.000.000 de dólares, aportación de varios países y organizaciones, y de lo cual correspondieron sólo a los Estados Unidos 234 millones. Entonces se produjo también un acuerdo de consolidación de una parte de la deuda, por un total de 425 millones de dólares, destinada a ir siendo amortizada en un plazo de doce años, y con un interés del 3 por 100 anual. Se salió entonces de una situación muy apurada, pero no por ello quedaron satisfechas del todo y definitivamente las necesidades del país. Turquía se encuentra pasando todavía por un período de estabilización de su economía y el proceso exige tiempo no menos que sacrificios. Y ayudas fuertes del exterior, que habrán de repetirse, sin duda.

Con carteles que decían «Los turcos confían en Eisenhower», y con gritos de «¡yasha!» (¡viva!), apenas se hacía otra cosa que realzar la significación que en Turquía se quería dar al magno acontecimiento que para la vida y la historia de la nación suponía el paso del presidente de los Estados Unidos, con el presidente de Turquía al lado, por las calles de la ciudad, flanqueadas de cientos de miles de personas en el traje dominguero del campesino o con ampulosos y caros trajes regionales, con grupos de músicos acá y allá, vistosamente ataviados, con las túnicas, que recordaban a los jenizaros de otros días, muy recargados de oro y brocados, y todo ello para soplar en largas flautas de caña y hacer que por los agujeros, siempre a punto de ser tapados por el dedo que tenían encima, saliesen unas notas que más bien parecían ser lamentaciones.

Mientras tanto, en Ankara y en otras capitales, antes y después, la visita se traducía en las expresiones secas y formales de unos comunicados que apenas hacían otra cosa que ir repitiéndose y dejando la impresión de que, en realidad, habían sido preparados muchos días atrás. Al igual que los discursos, muy breves en su mayoría, en los que raras veces se salía de las frases hechas y comunes de fácil traducción además.

Y no resultaba fácil del todo, además, sacar algo en limpio de las columnas y las páginas del texto que en diarios y revistas iban saliendo y desbordándose por todas partes, porque para algo acompañaban al presidente 83 periodistas (entre los que había una joven de mente ágil y cara agra-

ciada) y cientos más esperando, con todo a punto, en cada una de las capitales visitadas.

Pocas veces se había escrito tanto con tan pocos motivos reales, ya que, aparte el viaje en sí, cada nuevo día se parecía mucho al anterior: viajes en avión, recibimientos, tumultuosos, saludos, discursos de bienvenida y buena llegada, salutations, expresiones de fidelidad y servicio y buena voluntad y frases hechas, muchas frases hechas. Toda la enorme importancia de un viaje trascendental queda peligrosamente diluída entre tanta palabra buscada y rebuscada, por ser tanto el empeño puesto en dar con alguna expresión nueva. En los cuatro días y medio de la estancia del presidente Eisenhower en la India, unos 500 periodistas enviaron por cable y radio a sus periódicos y agencias más de 600.000 palabras, casi tanto como lo que suelen enviar hacia el exterior todos los servicios de información y de Prensa por espacio de todo un año.

La primera dificultad.

Todo parecía ser frío, formal, rutinario, menos el entusiasmo de las multitudes. Y, posiblemente, el convencimiento del presidente Eisenhower de que su popularidad y su prestigio fuesen más que suficientes para salvar cualquier dificultad que pudiese surgir del propósito, expresado repetidamente, de no celebrar negociaciones de ninguna clase durante el viaje.

Ni en los comunicados, ni en los discursos, ni en las propias «conferencias de Prensa, del secretario James Hagerty había nada que pudiese considerarse como noticiable de veras. A pesar de ser tanta la necesidad de transmitir largos mensajes por cable o teléfono, algunos de ellos a precios prohibitivamente altos, de 40 ó 50 pesetas por palabra. Para no encontrarse en situación embarazosa, el presidente Eisenhower no concedió durante todo el viaje un solo minuto a los periodistas, a pesar de la enraizada costumbre norteamericana sobre este aspecto de las relaciones entre el presidente—o cualquier alto funcionario—y el público, representado por los periódicos, las agencias de noticias, los servicios de radio y televisión. Se hizo, es más, todo lo posible por aislar al presidente del contacto directo y próximo con los periodistas, hasta el extremo de que uno de ellos acabó quejándose de lo difícil que resultaba el acercarse a una «historia» de tanta importancia como este viaje presidencial.

En un país tras otro, el presidente Eisenhower afirmaba y repetía que no tenía otra misión que dar a conocer los objetivos de su país, los Estados

Unidos, que no eran otros que «la paz y la amistad en la libertad». No había contradicción en esto ni en la afirmación reiterada, como se hizo en Ankara y en otras capitales, según el caso, en la «construcción de las defensas sólo contra la posibilidad de una agresión... que nunca podrá ser obra nuestra.» Esto fué lo que se decía en el comunicado facilitado después de las conversaciones celebradas en la capital turca, y eso mismo, con otras palabras, se repitió poco después en Karachi, tal vez una de las escalas menos satisfactorias, al decirse que «nuestros dos países», Pakistán y los Estados Unidos, han formado una «alianza para la paz». Si la paz es lo que en realidad se busca, ya dice una antigua máxima latina cómo se ha de encontrar.

Pero en Karachi se encontró algo más.

También allí el gentío era inmenso. Los despachos de Prensa hablan de 750.000 personas en una ciudad de acaso dos millones de habitantes, una porción considerable de los cuales eran niños cubiertos con harapos, tan andrajosos como una buena porción del panorama que poco antes estaba cubierto de chozas de madera y saco, una vasta superficie fea, sucia, maloliente y acaso susceptible de verse transformada en un peligroso foco infeccioso. En cualquier caso, se consideró necesario hacer pasar sobre ella poderosas máquinas devastadoras y toneladas de insecticidas.

—Karachi produce mejor impresión contemplada desde el aire—comentó más tarde el mariscal Mohamed Ayub Khan, durante una recepción que dió a los periodistas después de haber llegado a su residencia—la capital del Pakistán había sido ya trasladada oficialmente a Rawilpindi—en helicóptero.

Tenía mucho interés el jefe del Estado en hablar del Pakistán, ahora que se encontraba de visita allí el presidente de los Estados Unidos. Pero apenas si hacía falta insistir mucho sobre las condiciones de miseria en que vivía una gran parte, por lo menos, de los 76.000.000 de habitantes que tiene el Pakistán. Bastaban minutos más bien que horas para que el panorama calase sensibilidad adentro, un panorama de niños con claras señales de hambre y necesidad, de raquitismo y desnudez y, sin embargo, esparciendo pétalos de rosas por el camino que llevaba la comitiva presidencial. Estaban tan en evidencia estos niños como el vistoso colorido de aquellas fuerzas de escolta o los «sarís» de aristocráticas mujeres, cuya cara tapada se sospechaba que sería necesariamente hermosa. Al cabo de años no ha sido posible todavía resolver el problema de los refugiados, y pasan de siete millones los que hay sólo en el Pakistán. Y los proyectos de

desarrollo de la economía del país tropiezan con la muy seria dificultad de la falta de recursos. El ministro de Hacienda habló de que para su segundo plan quinquenal necesita el Pakistán, sólo en divisas, unos 7.500 millones de rupias, alrededor de 1.500 millones de dólares. ¿De dónde van a salir? ¿De los Estados Unidos?

Necesita ayuda el Pakistán, para ahora y para mañana, porque su población crece a razón de un 2 por 100 anual. «El Gobierno—explicó el mariscal Ayub Khan—está creando clínicas para el control de la natalidad.» «¿Habló de eso con el presidente Eisenhower?»—le preguntó un periodista.

—¿Cree usted—le contestó el mariscal—que el presidente Eisenhower es un especialista en el control de la natalidad?

Necesita ayuda el Pakistán, claro. Y necesita, además, simpatías y apoyos para algo que tiene una relación directa—y nada favorable—con el viaje de Eisenhower.

Después de un larga conversación de los dos jefes de Estado era evidente que una de las ambiciones del Pakistán—conseguir el apoyo de los Estados Unidos para presionar sobre la India con miras a resolver por medios pacíficos y negociados la cuestión de Cachemira—se iba a quedar sin realización. Karachi pareció intentar convencer al presidente Eisenhower con una lluvia de pétalos de rosas y gritos constantes de «*Ike zindabad*» (¡viva Ike!), pero los resultados daban la sensación de haber sido en lo fundamental, negativos. Lo fundamental era la cuestión de Cachemira y el comentario de Mr. Hagerty, secretario de Prensa del presidente Eisenhower, apenas dejaba sitio para la duda. Si la India quiere discutir con el presidente las cuestiones pendientes entre ella y el Pakistán, Mr. Eisenhower lo hará «con mucho gusto». «Pero la iniciativa depende—insistió Hagerty—de la India». Es decir, la cuestión de Cachemira era tabú, por lo menos mientras Nehru no dispusiese otra cosa.

El trago era duro, especialmente para el Pakistán, un aliado tan firme y tan fiel que había recibido de los Estados Unidos ayuda militar y económica del orden de los 1.500 millones de dólares y que continuaría recibéndola en el futuro. Eso, al menos, prometió Mr. Eisenhower.

Había indicios claros de pesadez, de desilusión, después de la entrevista de los dos jefes de Estado. El portavoz oficial del Pakistán, general F. R. Khan, no eludió la respuesta a una pregunta cargada de intención.

¿Hubiera el Pakistán acogido con entusiasmo «una actitud de mayor simpatía» en lo relacionado con Cachemira?—se le preguntó.

—Sí, señor—fué la respuesta—. Cuando discute usted sus problemas con la representación de otro país espera que un amigo haga valer sus buenos oficios, por lo menos.

No hubiera podido ser de otra manera, en realidad. En primer lugar, porque el presidente Eisenhower no estaba dispuesto a entrar en negociaciones y a contraer compromisos. No era ese el objeto de su visita. Y en segundo lugar, porque cualquier discusión sobre Cachemira afectaría necesariamente a una tercera parte, a la India, y la visita a la India era precisamente la parte más importante de todo este histórico recorrido presidencial, como que allí pensaba permanecer casi la cuarta parte de todo el tiempo que se le había reservado. Ni siquiera cuando se planteó la cuestión de los peligros que para el Pakistán podría representar la creciente influencia soviética en el Afganistán, traducida en cosas como la construcción de carreteras que marchan en dirección Norte a Sur, o la presión china sobre una porción de Cachemira, la reacción fué inconfundiblemente positiva. «El presidente Eisenhower se da cuenta—explicó el mariscal Ayub Khan—de «la gravedad de la situación.»

Morada de virreyes.

Eisenhower continuó pronto su viaje, sin embargo. No podía detenerse mucho tiempo. Y salió del Pakistán llevándose impresiones agradables muchas de ellas. En sus oídos resonarían todavía, sin duda, los ecos de palabras extrañas y sonoras que después de traducidas sirven para realzar una sensación de fantasía y halago, como la expresión de *badshah* americano, que tanto se había prodigado a su paso por las calles de Karachi. Quería decir, nada menos que «emperador». Aquellas gentes acaso nunca hubiesen oído hablar de Eisenhower y seguramente que la descripción como presidente de los Estados Unidos apenas podía tener para ellas una significación especial y llamativa. Mejor «emperador», que sí quería decir algo, en urdú o en cualquiera otra lengua del mundo, y mucho más al tratarse de un «emperador americano», legado de un país tan rico como los Estados Unidos, una potencia que había enviado al Pakistán trigo, tanques, aviones y muchas cosas, sin hacer por ello ningún esfuerzo aparente.

La jornada siguiente, corta, fué extraordinaria. Y más todavía tratándose del presidente de los Estados Unidos, la nación más rica y poderosa de la tierra.

El presidente Eisenhower se fué a Kabul, la capital de Afganistán, para:

ser recibido no sólo por una temperatura muy distinta de la de Karachi —unos 28 grados— con el termómetro bajo cero, sino por una escolta de aviones de caza «Mig», de fabricación soviética, que acompañaron a su gigantesco «Boeing» hasta el Bagram, también obra de la Unión Soviética, y para hacer el viaje desde allí hasta el centro de la capital en un coche que no era norteamericano—era un «Mercedes» alemán—y que rodaba sobre una calle pavimentada con asfalto ruso.

Por todas partes había indicios conspicuos de la presencia soviética, cuya ayuda al Afganistán había sido hasta ahora importante, de unos 250 millones de dólares, el doble por lo menos de la prestada por los Estados Unidos, y mucho más eficaz, a juzgar por los hechos que saltaban a la vista por todas partes .

Mantiene el Afganistán estrechas relaciones con la Unión Soviética, sin duda; pero esto no excluye la posibilidad de más ayuda norteamericana. Esa posibilidad no se ha perdido nunca de vista, en realidad. Por eso, cuando se preguntó a un alto funcionario qué resultados concretos esperaba que tuviese la visita del presidente Eisenhower a su país, contestó, sin vacilar y en inglés:

—«*More aid.*»

El comunicado de la conversación con el rey de una de las pocas monarquías absolutas que quedan por el mundo hablaba de otras cosas, de que «la verdadera amistad y el respeto mutuo entre las naciones se han convertido... en una necesidad absoluta». Pero es seguro que para el Afganistán esto significa poco o nada sin el acompañamiento de «más ayuda».

Desde Kabul, el presidente Eisenhower reanudó el viaje hacia la India, para ser recibido, por una desbordada multitud que le aclamaba como el «príncipe de la paz» o, mejor todavía, como «*Vishnu Ka Avatar*», como la «reencarnación de Vishnu», dios y preceptor de la trinidad hindú. Eso es lo que dijo una anciana mujer del pueblo con palabras que encerraban una sabiduría casi infinita.

—¿Creen ustedes que somos tontos al viajar tantos kilómetros para ver a alguien que no sea un dios?

Y en Nueva Delhi había, según se dijo, millón y medio de personas aclamando al presidente Eisenhower y arrojando a su paso tantos pétalos de flores, que cuando finalmente alcanzó el lugar que se le fijó como residencia en la capital de la nación, su coche llevaba dentro una alfombra de rosas de casi medio metro de espesor. En algunos momentos llegó a sentirse una gran inquietud, porque todas las precauciones y todas las me-

didadas de seguridad habían tenido que ceder bajo la presión de aquella inmensa masa humana que presionaba y avanzaba, milímetro a milímetro, como pasa en estos casos, hasta que todo se desborda, por encima, por los lados del coche presidencial, ya sin escolta de ninguna clase a la vista.

Como correspondía a la reencarnación de un dios poderoso, el presidente Eisenhower fué llevado al mejor alojamiento de que se disponía, hasta la Casa del Presidente—*Rashtrapati Bhavan*—, la residencia oficial de Rajendro Prasad, un palacio cuya construcción había concluído en 1929, y en el que acaso lo único realmente sencillo sea el nombre, única continuación posible del que tenía antes de que la India dejase de ser colonia británica, cuando era la «Casa del Virrey».

Cuando se pensó en su construcción se pensó también en que el virrey debería tener un palacio que no desentonase del ambiente matizado por las vastas y lujosas mansiones palaciegas de aquellos príncipes, más de medio millar, entre los cuales estaban algunas de las mayores fortunas de la tierra y alguno de los mayores palacios también. El primer ocupante de este palacio, cuya construcción había empezado en 1921, fué lord Erwin, más tarde conde de Halifax, fallecido en los días mismos en que agonizaba la década de los años cincuenta, apenas el presidente Eisenhower había regresado a su país; 340 habitaciones, diez ascensores, 37 fuentes y otros muchos atractivos y comodidades, todo lo cual explicó que este palacio necesite alrededor del millar de criados, para estar bien atendido.

Contra el mal del ojo.

Allí, en la mansión fabulosa, hoy convertida en residencia y oficinas de la primera autoridad—por su representación, no por su poder—del inmenso país con 400 millones de habitantes y que aumentan a razón de unos 22 millones más cada año, estuvo alojado durante unos días el presidente de los Estados Unidos. Durante unos días, en los que cada momento, cada instante, pasaban él y los suyos de un motivo de asombro a otro. Inmensas, interminables, ondulantes masa humanas, eso que parece ser lo único que en la India abunda hasta tenerlo de sobra, se agolpaban por todas partes, para dar la bienvenida al «príncipe de la paz», a quien no podía ser, en verdad, nada menos que la reencarnación de un dios.

Antes de que pudiese entrar el presidente de los Estados Unidos en aquella fabulosa residencia presidencial fué preciso tomar las precauciones necesarias, con la ayuda de un ceremonial complicado, parte del cual con-

sistía en la danza de una joven de talle esbelto y cimbreante, envuelta en un *sari* blanco, que se movía sin cesar, al tiempo que un anciano entonaba misteriosas canciones, y todo ello para espantar al mal de ojo, una precaución necesaria, porque la India recibía a un dios o, en cualquier caso, a un elegido de los dioses. Tenía explicación lo que se vió hacer a un campesino que había llegado a Nueva Delhi desde casi 50 kilómetros de distancia. Cogió un poco de arena en el lugar donde unos instantes antes había estado Mr. Eisenhower.

Sabía muy bien lo que hacía y por qué lo hacía. Aquel hombre estaba realizando una misión divina, de paz y armonía.

—Aplicaré esta arena en la frente de mi mujer, que está enferma, y es seguro que se curará en seguida—explicó este campesino, Ramchadani, un hombre de unos cuarenta y cinco años.

De la visita a la India quedará, sin duda, un largo y grato recuerdo, que quizá no se vea nunca realzado ni siquiera justificado por el éxito de una empresa de calidades muy imprecisas. Con habilidad, con tacto, el presidente de los Estados Unidos ha ofrecido consejos más bien que ayudas, que seguramente eran lo que más falta hacía y en lo que más se pensase, pero sobre las cuales no estaba él en condiciones de hablar. No era aquella una visita en busca de acuerdos o compromisos. Podía, pues, ofrecer consejos y, a lo sumo, insinuar la posibilidad de que a la ayuda que los Estados Unidos habían concedido a la India, sin la cual serían mucho mayores las dificultades para sacar adelante dos importantes planes quinquenales, pudiese sumarse alguna aportación militar. Los Estados Unidos están tan interesados, acaso más, en la concesión de ayuda militar que económica. Y la concesión de ayuda militar a la India, ahora o en un futuro lo más próximo posible, nunca debió estar muy lejos de la mente y las preocupaciones presidenciales. ¿A qué sino aquella alusión, no muy indirecta, no muy velada, a lo que Gandhi hubiera hecho en las circunstancias actuales, cuando sobre la India se ejercen presiones temibles? «La democracia—advirtió Eisenhower—no es un Estado en el cual la gente actúe como ovejas. Bajo la democracia, la libertad individual de opinión y acción es celosamente guardada.» «Por eso—añadió—defienden los Estados Unidos el derecho a mantener un sistema militar respetable, destinado exclusivamente para su propia defensa y para hacer más viable el cumplimiento del deber de los pueblos de análogo pensamiento, de dedicarse a la defensa mutua, algo que estoy seguro sería sostenido por los hombres más santos.» Y una vez aquí se podía seguir adelante, que

es lo que hizo Mr. Eisenhower: «La libertad, como Ghandhi decía, es un don de Dios, y el don de Dios no es posible impedir indefinidamente que llegue a sus hijos. Pero nuestra tarea inmediata ha de ser, conjuntamente con todas las naciones libres, buscar maneras más efectivas y prácticas para el fortalecimiento de la causa de la paz y la amistad en la libertad, y al actuar así hace que sean más persuasivas nuestras negociaciones con otros pueblos. Nosotros, los que somos libres... tenemos que conocernos mejor, tener más confianza en los otros, apoyarnos con mayor decisión.»

Todo eso resultaba fácil de comprender y la reacción era francamente favorable. Lo que ya no era tan fácil de seguir, en un ambiente que no se parecía en nada al norteamericano, a pesar de estar tan seguro Eisenhower de que «nosotros, en los Estados Unidos y en la India, somos, en el fondo iguales», eran aquellos argumentos que buscaban convencer con el recurso a palabras y expresiones que parecían haber salido directamente de un centro financiero de Wall Street. En un ambiente de miseria, de suciedad, de alimentación a todas luces insuficientes, de muchas bocas, demasiadas para el estado de explotación a que se había llegado en el aprovechamiento de los recursos nacionales, costaba trabajo seguir argumentos como éste: «Una cosa os puedo prometer con seguridad—explicó el presidente de los Estados Unidos—: de aquí en adelante estaré dispuesto a hablar, en la primera ocasión que se me presente, de la India, que está convirtiéndose en una de las grandes oportunidades de nuestro tiempo para la inversión, una inversión hecha en el fortalecimiento de la libertad, en la prosperidad del mundo.»

Pero, ¿era de eso nada más de lo que se trataba? Hubo momentos en que Nehru parecía estar profundamente emociado, y momentos también en que la irritación era evidente. Para Nehru hay algo fundamental: resolver de una vez el problema de la comida para cientos de millones de indios. Hacia eso se dirigían dos planes quinquenales, y hacia ese fin se dirigirá el tercero, que necesitará de la ayuda norteamericana, acaso en escala no menor que en el pasado—y hasta ahora esa ayuda está representada en total por unos 2.000 millones de dólares—, para poder salir adelante. Y para mantener en el fiel la balanza del neutralismo, no sea que la ayuda soviética se ponga mucho más en evidencia que hasta ahora, a pesar de no tener la importancia, ni con mucho, de la norteamericana. Pero con sólo aludir a la ayuda las cosas parecían salir de quicio. Y más todavía cuando se intentaba plantear la cuestión de Cachemira y las relaciones

de la India y el Pakistán. En una ocasión, Nehru habló de lo que su país desearía del extranjero:

— Ayuda para resolver el problema del control de la natalidad.

— Ayuda para acelerar el desarrollo de los planes quinquenales.

Habló de una buena disposición para recibir inversiones privadas norteamericanas, pero teniendo en cuenta, dijo, que sería «preferible una fundición de acero a un centenar de cinematógrafos».

En una de sus habituales «conferencias de Prensa», Mr. Hagerty explicó que Mr. Nehru «había mencionado» la cuestión de Cachemira en una de sus conversaciones con el presidente Eisenhower. «Eso no es verdad», afirmó Nehru, al día siguiente, con energía y mal humor. Como no era verdad, es más, que la India hubiese solicitado más ayuda económica de los Estados Unidos.

—No sé quién les informó a ustedes anoche—añadió Nehru—, pero todo lo que han dicho ustedes hasta ahora es falso en un 100 por 100. No hemos tratado—en las conversaciones Nehru-Eisenhower—de comprometernos para nada. No soy tan rudo como para pedir ayuda en el curso de estas conversaciones.

Alimentos sobre todo.

Casi 10.000.000 de toneladas de productos alimenticios han enviado los Estados Unidos a la India, pero el problema de la comida sigue en la India sin resolver. Ya dijo Gandhi que para «los millones que han de pasar sin dos comidas diarias, la comida es la única forma aceptable en que Dios puede presentarse». Así se explica la interpretación que por la India ha tenido la presencia de Eisenhower y el hincapié puesto por él en el acto de inauguración de la participación norteamericana en una *exposición agrícola, en los alimentos. Los indios lo entendían perfectamente cuando hablaba de la necesidad de «hacer en todo el mundo» la guerra al hambre, y cuando formuló una serie de principios con los cuales mover al mundo, como hubiera querido hacer Arquímedes si para su palanca le hubiesen dado un punto de apoyo. La guerra contra el hambre que él quería declarar se desarrollaría con los ejércitos moviéndose bajo lábaros, con la consigna de las «cuatro efes» (food, family, friendship and freedom), que son algo así como una nueva versión de los clubs de las cuatro haches o la vibrante consigna de Roosevelt sobre las cuatro libertades. Lo mayo es que es una consigna que ha de mantenerse en inglés, un idioma*

que no todo el mundo entiende, porque con la traducción pierde la influencia mágica de las «cuatro eses», por no tratarse nada más que de «alimentos, familia, amistad y libertad».

Pero dejó Eisenhower, con todo, una impresión profunda y tal vez duradera en la India.

—Le hemos rendido honores, señor—le dijo Nehru, con visible emoción—por haber encontrado usted un eco en el corazón de millones de nuestros compatriotas.

La India es un país con un problema, más bien que con problemas, el problema de la comida. Es una obsesión más que una preocupación, porque en las mejores circunstancias posibles, hasta ahora, son muchos millones diariamente los que tienen que pasarse sin las dos comidas de que hablaba Gandhi; es más, sin una comida siquiera.

Desde la India, el presidente Eisenhower salió para Teherán, para encontrarse, durante unas pocas horas, con grandes y graves problemas, con la necesidad de ayuda, mucha ayuda, militar y económica, pero militar sobre todo, porque el Irán se encuentra cogido hoy entre dos fuegos. Por un lado está la Unión Soviética, que no perdona una jugada reciente, cuando el shah parecía estar dispuesto a negociar con Moscú y después dejó literalmente en la estacada a una misión soviética, para aceptar las condiciones más favorables que le ofrecieron los Estados Unidos. Por el otro está el Iraq y toda la marea nacionalista que sube y azota las fronteras a lo largo de Chat El Arab o «Ribera de los árabes». Necesita mucha ayuda el Irán y no hubo empeño especial en disimular lo que se esperaba en Teherán de la visita del presidente de los Estados Unidos. Después de todo, siempre quedaría el recurso supremo, otra vez, de inclinarse hacia algún otro lado, en busca de más apoyo y mayor comprensión. Fué un afgano quien dijo, no hace mucho, con la atención puesta en los Estados Unidos, para que se diesen cuenta de lo que sus palabras querían decir: «El Corán prohíbe a los musulmanes comer carne de cerdo. Sin embargo, en su infinita sabiduría, permite que no hagamos caso de esto cuando se trata de una cuestión de vida o muerte. No nos obliguen, por favor, a comer carne de cerdo soviético.» Fué un afgano quien lo dijo. Pero también pudiera haberlo dicho un persa.

En Teherán se montaron dieciséis arcos triunfales en honor de Eisenhower y se cubrió la calzada con las mejores alfombras persas. Pero toda aquella exhibición de opulencia no tenía más finalidad concreta que hacer una demostración de cálida simpatía—«Notamos la falta de Mamie,

pero queremos a Ike», decía un cartel—por el hombre de quien era mucho, ciertamente, lo que se esperaba.

Grande y emocionante fué también, sin duda, el recibimiento que se le tributó en Atenas, donde había visibles muestras de alegría y gratitud. No era para menos. Alguien se entretuvo en traducir a una expresión gráfica la ayuda norteamericana a Grecia, que hizo posible, entre otras cosas, que Grecia no se encuentre hoy tras el telón de acero, y que la Unión Soviética no tenga salida directa a las tibias, sugerentes aguas del Mediterráneo. Esta es la frase: La ayuda norteamericana a Grecia en los últimos diez años representa, ni más ni menos, que un obsequio diario de un millón de dólares.

Y, sin embargo, tampoco en Grecia la satisfacción era completa. Con la ayuda norteamericana se han resuelto problemas fundamentales, sin duda, pero eso mismo ha hecho posible que persistan planteados otros que no dejan de tener importancia, sobre todo cuando los realmente básicos han sido ya resueltos. Se habla de la reducción de tensiones, de paz y de acercamiento, pero hay tensión, y mucha, en las relaciones de Grecia con sus vecinos del Norte y Oeste, con Bulgaria y con Albania. «Si empleásemos nuestros esfuerzos por llevar la paz al escenario internacional—declaró el rey Pablo, dirigiéndose al presidente Eisenhower—como la excusa para abandonar lentamente nuestra vigilancia contra las fuerzas subversivas en el interior y para rendir ante ellas todo lo que es sagrado para nosotros, entonces habríamos dado al traste con sus mismos propósitos.»

Era adecuado el ambiente para recordar al presidente Eisenhower que Grecia sigue necesitando ayuda. Después de todo, con una renta anual *per capita* que apenas pasa de las 3.000 pesetas anuales, ¿cómo es posible pensar siquiera en que la O. T. A. N. extienda, por ejemplo, ayuda a los países subdesarrollados de Asia y de Africa, cómo quieren los Estados Unidos que se haga, cuando dentro de esa misma organización existen tantas y tan acusadas necesidades? Poco antes había hablado el presidente de los Estados Unidos, en una sesión especial del Parlamento, de cosas como ésta: «Tenemos que ser fuertes, militar, económica y espiritualmente. Con el desarrollo y la conservación de la fuerza—y repudiando siempre el uso de la fuerza agresiva—nosotros conquistaremos la clase de paz que buscamos, con amistad y en libertad.»

Fueron clamorosos los aplausos de los partidos gubernamentales y fué impresionante el silencio de los partidos de la oposición. En Grecia no se encontró Eisenhower con manifestaciones de hostilidad, como tampoco se

encontró en parte alguna de su recorrido. No hubo para él nada esta vez que se pareciese remotamente al odio con que fué recibido hace unos pocos años, en Roma, cuando estaba a punto de terminar su misión como comandante supremo de las fuerzas armadas de la O. T. A. N. en Europa, para ser candidato a la presidencia de su país, por parte de los comunistas. Ahora hasta escuchaba, alguna que otra vez, aplausos del lado comunista. Pero los comunistas griegos y otros partidos de la oposición no estaban conformes, en cualquier caso, con el halago y el elogio que Eisenhower reservó casi exclusivamente para el jefe del Gobierno, Karamanlis, de quien dijo que él y su Gobierno están realizando una labor «que les hace dignos sucesores de sus ilustres antepasados», de los estadistas de aquella Grecia que fué la cuna de la democracia.

Las "dificultades de Argelia".

De un salto, realizado con la ayuda de un helicóptero, Eisenhower fué a parar a la cubierta del crucero «Des Moines», buque insignia de la VI Flota del Mediterráneo, una de las más poderosas concentraciones navales jamás formadas, en tiempos de paz, que se encontraba anclado en Faleros, una bahía tan cargada de historia como todas las cosas de por allí. Y después a descansar, jugar, tramitar algún asunto urgente y dormir, sobre todo dormir. Un par de días más tarde se encontraba otra vez en tierra, en «Dar es-Saada», el «Palacio de la felicidad», en Marsa, muy cerca de Túnez, almorzando y charlando con el presidente Burguiba. De una estancia muy corta, cosa de cuatro horas, salió una de las mayores concesiones que seguramente hizo Eisenhower en todo su viaje de tres semanas, de la que quedó constancia en el comunicado que hablaba de la necesidad de continuar los esfuerzos para consolidar la paz y reducir la tensión internacional. En relación con esto, añadía el comunicado, Eisenhower y Burguiba «examinaron la situación creada por las dificultades en Argelia. Se mostraron de acuerdo en que el hecho de que no se les haya encontrado todavía una solución es una causa de grave preocupación».

¿Nada más que esto? El presidente Burguiba explicó, por su parte, que Eisenhower había demostrado tener «una gran comprensión» de la necesidad tunecina de una mayor ayuda económica. Túnez necesita, añadió Burguiba, 15 millones de dólares anuales por encima de los 20 millones que recibe actualmente y 130.000 toneladas de trigo, además de las 40.000 que ya recibe de los Estados Unidos. Se trata de necesidades que apremian.

Los muy ricos Estados Unidos y la muy pobre Túnez no consideran el problema desde el mismo punto de vista, sin duda, ya que Burguiba advirtió que «Es evidente que si no podemos contar con la ayuda norteamericana, entonces habremos de volver la mirada hacia otra parte.» ¿Hacia dónde? Apenas si hace falta decirlo, y es poco probable que Eisenhower hubiese querido hacer sobre ello pregunta alguna.

La estancia en aquel «Palacio de la felicidad» no debió resultar nada cómoda para el presidente de los Estados Unidos. ¿Valía la pena haberla hecho para permitir que en el comunicado oficial se hablase de Argelia, una cuestión que Francia sostiene que es de su exclusiva incumbencia, y que, por lo tanto, no concierne ni a Túnez ni a los Estados Unidos?

No tardó mucho tiempo Eisenhower en darse cuenta de que acaso hubiera sido mejor no haber hablado de Argelia en aquella ocasión. El recibimiento en París fué perfectamente formal y protocolario, pero también perfectamente frío. El presidente De Gaulle fué a la estación, naturalmente, y recibió al presidente de los Estados Unidos, pero sin que a su cara, fría y correcta, asomase la sonrisa capaz de dulcificar unas facciones conspicuamente duras. Y al terminar el protocolo se acabó también el contacto personal. Cinco minutos apenas habían pasado y los dos hombres de Estado marchaban, cada uno en su coche, por caminos diferentes y hacia lugares distintos. Eisenhower se dirigía a la Embajada de su país, no al lugar que podía reservarse, como había sucedido en otras partes, a un huésped e invitado de honor.

Dos cosas importantes esperaban en París al presidente Eisenhower: el estado en que se encuentra la O. T. A. N., al empezar la segunda década de su existencia nada favorable, como muy bien saben ya los lectores de *POLÍTICA INTERNACIONAL* (núm. 44, página 35), y las conversaciones con De Gaulle, Macmillan y también con Adenauer, para preparar la conferencia de la cumbre, con el primer ministro soviético.

Y desde París, el salto a Madrid para la escala seguramente más cómoda, más fácil, más simpática, de todo el original y memorable recorrido presidencial.

Cooperación activa entre España y los Estados Unidos.

En Madrid no se encontró Eisenhower con nada que no fuese franca y manifiestamente favorable, y, es más, que contribuyese a otra cosa que al deseo, sincero y emocionante, de hacer grata la presencia en la capital

de España, por vez primera en la historia, de un presidente norteamericano. Una de las cosas que posiblemente se esperaba que resultasen de la visita de Eisenhower a Karachi y Nueva Delhi sería algún cambio favorable en el estado de las relaciones entre la India y el Pakistán, unas relaciones que, es más, llegaron a dar la sensación de que mejoraban algo, aun cuando poco y muy lentamente. Pero habían pasado muy pocos días de aquella visita cuando ya el presidente del Pakistán apuntó a un probable endurecimiento de su política hacia la India, o una creciente desilusión sobre los resultados de la misión de paz del primer magistrado de los Estados Unidos.

— No dudamos—declaró el mariscal Ayub Khan—de que el presidente Eisenhower hizo todo lo que pudo por mejorar las relaciones (entre la India y el Pakistán), pero sólo le es posible dar un consejo amistoso.

Podía estar preparado o no, de antemano, el comunicado, que se dió a conocer, como en otras capitales, a la terminación de la visita de Eisenhower a Madrid. Pero lo que en él se decía era, acaso por vez primera en todo el viaje, cierto del todo. Se trataba de una visita cordial, amistosa, en la que hubo, como se ha dicho, una especie de dación de cuentas, un relato de cosas que habían sucedido y sobre todo de los preparativos para la conferencia de la cumbre, y lo que sobre ello se acababa de tratar en París. Eisenhower había venido a Madrid como el aliado y amigo que había sido invitado oficialmente, no pocos meses antes, para responder a un gesto amistoso y para demostrar al mundo que existe, ciertamente, una «cooperación activa» entre España y los Estados Unidos, como han dicho y reiterado crónicas y comentarios de la memorable visita de Eisenhower a Madrid.

De un acontecimiento que quedó, finalmente, registrado de esta manera en el comunicado oficial, publicado en la mañana del día 22 de diciembre de 1959:

«El Presidente de los Estados Unidos y el Jefe del Estado español han dado fin esta mañana a una serie de conversaciones, a las que han asistido también miembros de ambos Gobiernos. El Presidente de los Estados Unidos expuso los motivos que lo habían llevado a emprender su viaje de buena voluntad y los resultados que esperaba alcanzar. El Presidente hizo al Jefe del Estado español un relato de su viaje, incluyendo la conferencia occidental de alto nivel.

Las conversaciones, que se refirieron también a muchas otras cues-

tiones internacionales de interés para ambos países, se han desarrollado en una atmósfera de cordialidad y comprensión. El Presidente de los Estados Unidos y el Jefe del Estado español trataron sobre la proyectada visita de aquél a la Unión Soviética en el año próximo, y confirmaron su opinión, anteriormente expresada en su intercambio de cartas del pasado agosto, de que tales consultas pueden ser beneficiosas para mejorar el clima de las relaciones internacionales, sin perjuicio de que se mantenga siempre una firme actitud defensiva.

Se ha registrado, asimismo, un satisfactorio progreso en la realización de los acuerdos económicos y de defensa firmados por Estados Unidos y España el 26 de septiembre de 1953. Estos acuerdos están fundados en el reconocimiento de la necesidad del esfuerzo de ambos países para lograr el común objetivo de la paz y la estabilidad mundial.

Durante estas conversaciones se mencionó con satisfacción el ingreso de España en la Organización Europea de Cooperación Económica, y el Presidente expresó sus buenos deseos por el éxito del plan español de estabilización económica.

Estas conversaciones han constituido una prueba de los amistosos lazos que unen a los pueblos español y americano, y han fortalecido los vínculos de colaboración existentes entre los dos países.»

Desde Madrid, el presidente Eisenhower salió para Casablanca, llevándose consigo el recuerdo de un recibimiento sin precedentes, acaso unico en todo ese viaje que le permitió visitar casi una docena de países en diecinueve días. Estaba fresca todavía en su mente la impresión producida por aquella bienvenida rebosante de color, de entusiasmo, de simpatía, que le acompañó durante todo el recorrido, docenas de kilómetros, desde la base de Torrejón de Ardoz hasta el Palacio de la Moncloa, donde estuvo alojado. Había sido un espectáculo único, sobre todo la parte del trayecto en que los dos jefes de Estado, el generalísimo Franco y el presidente Eisenhower, recibían los saludos y las aclamaciones desde un coche descubierto.

En Casablanca, última etapa del viaje, apenas quedaba otra cosa que dar estado oficial a un acuerdo negociado previamente: la decisión de los Estados Unidos de dar cumplimiento al deseo marroquí de que sean abandonadas las cuatro grandes bases aéreas y una naval establecidas en el país en los primeros años de la década última. La presencia militar norteamericana deja Marruecos. Una de las bases quedará evacuada para esta

misma primavera, y las otras para 1963. A pesar de la importancia económica que tienen para Marruecos—representan ingresos por sí solas, con un personal norteamericano que pasa de los 20.000 individuos, incluidos los familiares, muy por encima de los veinte millones de dólares anuales—la evacuación se ha hecho absolutamente indispensable. Por un lado, a causa de las reclamaciones persistentes del nacionalismo marroquí; por el otro, por la influencia de los cambios, que en esta era de las armas nucleares y la cohertería avanzan con prisa sensacional, y ha quitado mucha de la importancia militar que tenía a una inversión de 400 millones de dólares.

Había llegado el viaje a un término feliz. Sólo faltaba el salto final, a través del atlántico, para ser recibido Eisenhower en Washington como merecía, con 10.000 antorchas un poco sintéticas, de calcio, algo así como otras tantas réplicas de «la antorcha de la libertad que el presidente había llevado en este viaje». La hora, muy avanzada, y el tiempo destemplado del todo, quitó vistosidad al espectáculo. Aún así esperaban al presidente Eisenhower unas 3.000 antorchas, hecho prácticamente sin precedentes en la historia de los Estados Unidos. Y le esperaba, naturalmente, su esposa, anhelante y preocupada. Y el aplauso y la admiración de todo su pueblo, prácticamente, y de la opinión más sana del mundo entero. Era lo menos que se podía hacer en acto de reconocimiento de los servicios que el presidente Eisenhower acaba de prestar a la paz y la cordialidad.

JAIME MENENDEZ

